

HACIA UN NUEVO HUMANISMO

D. Joaquín Marbán Román,
Doctor en Filosofía,
profesor de la EUTS de León.

RESUMEN

Los tres referentes del hombre que le definen como con-sistencia: El Mundo, Los Otros, El Mismo constituyen los ejes entorno a los cuales el autor centra las cuestiones que afligen al hombre. El siglo XX asistió a los últimos estertores de un humanismo que a lo largo de los siglos ha querido acentuar, rabiosamente, la humanidad del hombre.

Es necesario llegar al fondo de las contradicciones internas de nuestra cultura, para que emerja, al menos como síntoma, la necesidad de una cultura nueva. Lo que define al hombre es el nosotros del hombre, la comunicación intersubjetiva, y en la dinámica de lo intersubjetivo del hombre, la comunicación desempeña un papel primordial. Es allí donde cobra sentido toda la acción humana.

PALABRAS CLAVE

Humanismo, ética, valores, derechos, solidaridad, marginación/exclusión, pobre, integración social, contexto social, proyectos.

Hay anécdotas que son todo un escorzo. “Contemplaba, el visitante ingenuo, una exposición de pintura y, un poco aturdido, preguntó:

- Pero, pero, ¿qué quiere decir esto?
- Nada, le contesta el pintor con aplomo. Yo solo pinto silencios”

Nunca el arte se había degradado tanto. Y nunca tanto contemplador había aceptado, como bueno, lo que era eso...nada.

Quizás sea una temeridad ponerse a sorprender, por los adentros del alma, esas umbrae silentes cuando, en el mundo de hoy, aun no hemos hallado la fórmula

intelectual de expresarlas(1). Quizás, en nuestra cultura, no sea posible hablar de esa fórmula porque desde Grecia hasta hoy no hemos hecho otra cosa, en una huida hacia adelante, que destruir los fundamentos de su propia posibilidad.

Y cuando, en una posición dramática, al pensar le asaltan las “interrogantes últimas de la existencia” se siente incapaz y perdido, por desconocimiento de las sendas a transitar, de realizar ese “esfuerzo supremo” del que habla Zubiri. Ni siquiera “la circunstancia”, de la que hablaba Ortega, logra articularse con el yo de cada cual para constituir una unidad personal que, afirmada en el presente, confiera sentido a su propia historia. Y en esta sucesión, con un Yo desgajado, no queda otra cosa que la fugacidad del acontecer y la acumulación de vacíos, silencios o soledades de un vivir des-orientado.

¿Cabría decir que el hombre contemporáneo, perseguidor de urgencias, vive en un estado de complacencia a-crítica con el entorno como un “modo de estar-siendo-se” y que le sitúa, constantemente, en el borde mismo de la enagenación?.

Más, el modo de estar siendo-se, y que es el ser mismo del propio vivir, nos abre, originalmente, a los lugares ontológicos en los que se “fonda” o se “des-fonda” la propia existencia.¹

Si este modo de estar, que es el mismo modo de ser, desarticula el Yo y sus pertenencias, la existencia resbala, ajena al contenido posible, por la fugacidad de los tiempos de su historia sin otra consistencia que el tiempo biológico y el ritmo de normalidad del entorno. Coordinadas, ambas, que marcan las posibilidades de un seguir viviendo; no de un seguir viviendo-se. El Homo sapiens, sigue diciendo Zubiri, se nos ha convertido en Homo Faber.

¹ Zubiri,X. Naturaleza, Historia, Dios. Editora Nacional, Madrid 1963, pag.31

El Hombre, en el Universo, vive frente a tres referentes que le definen como “con-sistencia”: El Mundo, Los Otros, El Mismo. En esta triple relación se constituye la verdad o la falsedad de la propia vida.

Pasemos a analizar esta relación triple; tal como es en el hombre de hoy y tal como podría o debería ser.

1º/ Como posición frente al Mundo, el hombre de hoy, se mueve sin un ápice de sorpresa. Acontecen, cada día, hechos asombrosos que, sin embargo, no logran sacarnos de una pasividad insultante. Es, algo así, como si fuéramos extraños a lo que acontece y nada ocurriera capaz de alterar nuestros ritmos. No vivimos el Mundo como nuestro mundo. No advertimos que “somos” ese Mundo y que su aventura es nuestra aventura. ¿Quién se estremece cuando se nos anuncia la destrucción progresiva de la capa de Ozono? ¿Quién siente terror cuando, en cálculos aproximados, se nos dice que, al ritmo actual de destrucción del habitat humano, parece imposible que la vida sea posible sobre este planeta en un plazo de 2000 años? “Cuan largo me lo fiais”: la insensatez, la mundaneidad, del propio yo en el presente puntual, como si la sucesión de instantes fuera infinito, que caracterizaba al joven Tenorio cuando todavía no había aprendido que no hay tiempo que no se acabe, ni plazo que no se cumpla.

¿Somos, hoy, realmente conscientes de que el Mundo es ese ámbito externo en el que muestra Conciencia se proyecta cargándole de posibilidades inéditas? ¿Somos conscientes de que este proceso redundará en un enriquecimiento mutuo? ¿Vemos con claridad la trascendencia que tiene el que mi, nuestra conciencia rompa la opacidad del Universo, le haga transparente, le confiera historicidad rompiendo la instantaneidad de su puro Ser-Estando-Ahí? “Lo verdaderamente asombroso, lo admirable es que el Universo sea comprensible”, decía Einstein. Einstein había llegado a comprender el casi milagro de la identificación de Mundo y Conciencia. El Mundo se hacía trascendible y en él, la

Conciencia Humana en trance de Realización del Hombre, encontraba acomodo y el lugar para seguir siendo-se.

En esta textura de afinidad, el Mundo ya no es algo meramente físico; es trans-físico; es Metafísico. Y en esta dimensión es en la que la aventura mundanal del Hombre, o la aventura humana del Mundo hallan, a la par, el sentido. ¿Hay otra realidad, acaso, que sea más digna de llamarse Metafísica?

Y aquí es donde surge la paradoja: el hombre contemporáneo, a fuer de mundano, ha perdido la capacidad de trascenderse. Vive paralizado ante o frente a los fuegos de artificio del entorno, deslumbrado por sus resplandores. Su mundaneidad le ancla en el instante Cósmico paralizando su historicidad humana. Y enajenando su historia se pierde a sí mismo y al mundo que le rodea. Sin consistencia, leve como una mariposa, se quema en la lámpara que le deslumbra.

2º/ La posición que, el hombre de hoy, adopta frente a los otros seres humanos adquiere tintes más dramáticos. Parece difícil admitir que la aglomeración de individuos en grandes masas rebase los límites de la mera necesidad de coexistencia. Y aunque es verdad lo que Philipp Lersch afirma de que el individuo es una abstracción; o lo que con obstinación y fuerza dialéctica defiende Martin Buber en cuanto a la prioridad del “Nosotros”; no es menos cierto que la posición espiritual del hombre de hoy viene marcada por un patente desinterés por el Otro. Su ajenidad sitúa al Otro frente a mí, o bien como un distante y radicalmente otro que se me antoja inalcanzable, que despierta el menor interés para mí por desimplicación de mi vivirme; o bien, como decía J.P. Sartre: “el otro, he ahí el infierno”. Es la brutal soledad que para quien vive sin vivir-se en el “nosotros”, la proximidad de millones de personas que nos rodean, materializan la sensación de asfixia espiritual. El hombre se siente solo, en soledad radical, sin otro camino que el ensimismamiento, empobrecedor y destructivo, del que tanto y tan bien ha escrito K. Jaspers. ¿Acaso no ha sido un tema de la segunda mitad del siglo XX, el llamado “Solipsismo contemporáneo”? ¿Acaso no es verdad que como remedio a los

apremios y las urgencias de la vida diaria y la enagenación(¿alienación?) que comportan, establecemos fórmulas transaccionales de soledades vertiginosas que llamamos “fines de semana”, “puentes”, “vacaciones”, en los que las compañías que nos rodean, a veces en apretada masa, no son otra cosa que silencios imperceptibles?. Quizás silencios que pasan por nuestra retina como efímeras manchas de color semejantes a lo que veía, sin comprender, el visitante de la exposición de pintura que mencionábamos al comienzo.

El Otro ser humano, que es la “ conditio sine qua non” de la vida en cuanto humana, se nos volatiliza en la frágil y efímera relación intersubjetiva; y con su ausencia, hecha realidad en la ceguera de una conciencia reflexiva, se volatiliza nuestro yo en la soledad de si mismo.

3º/ ¿Cómo hablar de autenticidad? Sin mundo y sin los otros, ¿cómo hablar de Historia personal? ¿Y si no hay historia propia, qué queda?. La disolución en los propios vacíos.

La autenticidad de la vida del hombre viene dada por una co-ordenada relación unificadora del Pasado, el Presente y el Futuro. Si no se da esta coordinación, si no hay una auténtica “rectitud”, hallada puesto que esto es un aprendizaje, las rupturas de una continuidad de sentido de las que tanto ha hablado Freud y sobre las que tanto ha practicado la psiquiatría, propiciarán la fractura de la personalidad a lo largo de los niveles de la Conciencia en los que ésta se estructura. Si el presente no articula la unidad de toda mi historia; si el pasado, roto en pedazos, no sienta los cimientos del vivir porque el olvido es una liberación o porque el vacío hace imposible una reviviscencia; si el futuro construido en el aire, me desborda en posibilidades; el yo bordea peligrosamente el ámbito de lo patológico o, en el mejor de los casos, se afirma en la fugacidad del presente puntual y, ajeno a la noción de destino, rehuye el compromiso de enfrentarse a la dimensión Metafísica de su existencia o a la Verdad de los problemas que constituyen la raíz del vivir del Hombre.

Cuando ajeno a la autenticidad de lo humano, en cuanto humano, se disuelve en el acontecer momentáneo, no le queda otra cosa que los acontecimientos que van marcando la pauta de su simple transcurrir diario. Nada tiene de extraño que estos acontecimientos, circunstancias o estructuras “ajenas” se conviertan en lo único sustantivo, por sustantivado, del vivir.

Sin mundo, sin el otro y sin el yo, la *veritatem vitae* se convierte en una noción molesta, anacrónica e inasumible. “Los alimentos terrestres” de los que hablaba Anuít, pasan a ser los únicos nutrientes de la vida humana. La terrible y pasmosa situación vivencial en la que se encuentra el protagonista del “Extraño”, la novela famosa de A. Camus, cuando después de acabar con una vida humana, en un alarde de deshumanización, se limita a decir: “y solo sentí que el equilibrio de la tarde se había roto”. ¿Qué le queda al hombre de hoy, heredero de tales evangelios? ¿Qué alimento le queda, al hombre de hoy, cuando en el campo del pensamiento solo se crean “Pensamientos débiles”, “Filosofías de la sospecha”; cuando el hábitat humano carece de techo Cosmovisional, y las vidas abandonadas a las corrientes, navegan a la deriva?. Le queda, sí, su vida, en la que el momento del su posesivo no indica originalidad, ni propiedad. No lo primero porque se difumina en la posible clonicidad de los espíritus; no en lo segundo porque se pierde en el anonimato de lo común.

Lo peligroso para el hombre es que el futuro, inevitable como tiempo, como tiempo humano, como perspectiva de la Historia humana, no se va a construir sobre la “verdad de unas vidas”, sino sobre la falsedad de las mismas.

A la falsedad del vivir, le sigue, indefectiblemente, la falsedad del pensar. Nótese que digo del pensar, no del conocer. Pues en el pensar es donde viven y se deslizan esas “sombras silenciosas” que inquietan por el radical planteamiento de las ultimidades del hombre. En esta inquietud se fragua la verdad de la que habla San Agustín en el “Tratado sobre la verdadera religión” y cuya resonancia reencontramos en los Pensamientos de Pascal.

La falsedad del pensar no ensombrece, sin embargo, la claridad del conocer y hasta la legitimidad del discurso. Lo que acontece es que esto último genera una disociación de sujeto y objeto que dificulta o impide la unidad de pensamiento y vida. Aun en el caso de que el pensamiento exista. Pues para conocer las cosas y los acontecimientos basta una flexión de la inteligencia. Lo que ya requiere esfuerzo es la reflexión. Y aquí es donde quiebra la inteligencia contemporánea. “Vd. no piense, pensamos por Vd.”; “No se preocupe por nada, ya nos preocupamos nosotros”. Así nos bombardea la publicidad y así nos habituamos a no pensar. Y hasta cuando pergeñamos un esbozo de discurso lo fundamentamos, cómodamente, en tópicos. El tópico como fundamento del discurso, o principio del mismo, nos lleva a conclusiones “comunes” que se enuncian como “propias”. De donde a la falsedad del pensar, le sigue la superficialidad del conocer, su inautenticidad y la progresiva desidentificación de la Persona.

¿Residirá aquí la pobreza creadora de la contemporaneidad?. La pobreza que parece ser la enfermedad de gran parte del S.XX y, a no dudarlo, sigue siéndolo de comienzos del S.XXI.

El S. XX asiste a los últimos estertores de un humanismo que, a lo largo de siglos, ha querido acentuar, rabiosamente, la humanidad del hombre. Que Sartre diga que “el existencialismo es un humanismo”, sería una perogrullada si no fuera porque lo que el pensador francés afirma es que el hombre es solo y exclusivamente humano. Es el grito más radical de una secularización que niega rotundamente toda dimensión que trascienda los estrictos límites de lo humano. Philipp Lersch en su obra “La Estructura de la Personalidad” habla de la dimensión supradireccional de la persona. No afirma la realidad de tal dimensión; afirma que el hombre se proyecta, en su dinámica, por otra parte insoslayable, de autorealización, más allá de su propia humanidad en un proceso, sin límites de autorealización personal. En pocas palabras: en la estructura de la personalidad es operativa, psíquicamente, una dimensión transpersonal. Es el trascenderse a sí mismo que está implícito en el movimiento de toda naturaleza mudable, y que

como afirma San Agustín es un imperativo consciente de todo el que se sabe incurso en esta mutabilidad.

¿Qué acontece cuando negamos esta dimensión en el individuo devenido persona? ¿Qué ocurre cuando negamos la trascendencia personal a un ser estructuralmente condicionado a trascenderse? Pura y simplemente que proyecta ese valor en otra realidad que le es tan próxima como el sí-mismo en la medida en que le es constitutivamente necesaria. Me refiero evidentemente a la sociedad en la que está insertado; en la que no sólo vive, sino que con-vive; en la que se integra participando en lo que tiene en común, con sus conviventes.

Nuestra época ha dado el paso. De diversas formas, pero lo ha dado. Lo social, por sí mismo, tiende a permanecer a través de los tiempos. Esa, es al menos, la impresión relativa al individuo-persona. Este vive su propia caducidad. ¿Será solo un “ser para la muerte” como dice Heidegger? Lo cierto es que esta vivencia de precariedad absoluta de la vida humana, ayuna ya de religiosidad, abandonada a sí misma, con, tan solo, el horizonte de la nada, ha encontrado, o ha creído encontrar el remedio, en la sociedad que ha pasado a ser el valor por excelencia, cuando no el valor absoluto. La sociedad, se supone, no muere. Es susceptible de permanecer, en el tiempo, sin límites y afectada de un proceso de perfeccionamiento, también sin límites, que aboca, cosa que produce asombro, a la realización de un ideal en el tiempo histórico. Lo que acontece es que la sociedad no es nunca un ente abstracto; siempre es una realidad concreta. Pero, una realidad concreta, constantemente cambiante está integrada por seres humanos concretos y constantemente cambiantes. Este dinamismo, que nunca es espontáneo, ha de poseer un sentido, una dirección, una finalidad. Y aquí topamos con la conciencia humana, que si no es la de todos, es la de unos pocos que imprimen, desde sus ideas, creencias o suposiciones, un ritmo funcional que hace devenir estructuras que garanticen nuevas funciones.

De este modo se nos adentra la idea o el sentimiento, o la vivencia de que lo social es lo perfecto, lo que trasciende. Y en ese trascenderse de lo social queda aprisionado el hombre, enajenada su libertad, canjeada por un habitat carcelario confortable que tiene como consecuencia la pérdida del sentido del valor personal, del valor trascendente de la persona humana. En una palabra: el hombre contemporáneo ha perdido la conciencia de su propio valor como hombre.

Pero, como siempre, después de las grandes catástrofes es cuando se comienza a construir lo nuevo. Es necesario llegar al fondo de las contradicciones internas de nuestra cultura, para que emerja, al menos como síntoma, la necesidad de una cultura nueva. Este es el reto de comienzos del S.XXI. Como quería Toynbee, el problema está en saber responder.

¿Existen síntomas de recuperación? Yo creo que sí. Son cada vez más amplios los sectores de la sociedad que proclaman la necesidad de reencontrar un nuevo sistema de valores que impriman rectitud al comportamiento de los seres humanos en cuanto con-vivientes para reafirmar el pilar o los pilares sobre los que se cimenta la sociedad. Sin ese sistema de valores, las normas que rigen los comportamientos humanos en el seno de la estructura dinámica que es la sociedad, carecerían de legitimidad. Y la normativa no dejaría de ser un acontecimiento circunstancial desde el ejercicio del poder. Esta estructuración precaria sería un grave riesgo que a la larga desembocaría en una desestructuración de la sociedad o una impotenciación de la misma. Si lo social no estuviera intrínsecamente vinculado al ser mismo de la “persona” humana, esa desestructuración carecería de importancia. Del mismo modo que carece de importancia la desaparición de una sociedad anónima o una sociedad recreativa.

Mas en este caso, la desarticulación de la sociedad humana redundaría en una desarticulación de la “persona-en relación”, pues, para el hombre, es imposible la supervivencia como rebaño. Ciertamente que una sociedad no desaparece con facilidad pero puede adoptar modos de ser perversos, en los cuales el valor, en sí, de la

persona se diluya en la masa o sea sometida a un proceso de alienación. La sociedad puede convertirse en una “cárcel confortable” o en un “teatro de marionetas”, como dice P.L. Berger. Pero estas situaciones suelen ser transitorias pues al fin y al cabo, el hombre siente la llamada de la libertad y la conciencia(no en balde es ambas cosas) y rompe muros o corta hilos para iniciar una nueva aventura comunitaria. La “persona humana” es la que confiere fundamento, estabilidad y riqueza a la sociedad porque es, a su vez, la razón de ser de los valores en cuanto valores.

Ya los más cualificados pensadores en el campo de la Sociología han abordado, con insistencia no exenta de valentía, estos problemas en unos tiempos en que el reto científico era el de encontrar el status epistemológico de la Sociología como ciencia empírica.

Baste recordar a pensadores tan significativos como T. Parsons y su obra “Estructura Social y Personalidad”(1964), así como a Pitirim A. Sorokin y su obra quizás más conocida, “Sociedad, Cultura y Personalidad”(1947). Autores ambos que en plena polémica científico política entre estructuralismo y funcionalismo, acuñan la categoría, altamente significativa, de “estructuralismo funcional”. La importancia de pensadores como los citados estriba en haber propiciado, a través de la psicología, el reencuentro con la persona humana. Es un apunte de Humanismo rescatado que trasciende los límites de una ciencia empírica, como quiso ser la Sociología, heredera del reduccionismo de la escuela Sociológica Francesa.

A las categorías de Sociedad, Cultura, Personalidad de Sorokin, yo añadiría la de la Comunicación. Bien es verdad que ésta última puede considerarse implicada en las otras tres, pero no sobra afirmar y reafirmar con Martin Buber que el hombre no es un Yo frente a un Tu. Lo que define al hombre es el Nosotros. Y en la dinámica de ese ser Nosotros del hombre, la Comunicación Intersubjetiva desempeña un papel primordial.

La Sociedad es una “estructura funcional” inevitable.

La Cultura es la proyección del hombre en una “creatividad necesaria”.

El hombre-persona es la clave de ambas.

La Comunicación tiene un valor realizador de la sociedad como “estructura articulada”; de la Cultura como “funcionalidad comunitaria” que se trasciende en “dinámicas de intersubjetividad creadora”. La Comunicación, en esta reseña breve, es, en fin, la clave de la “autorealización” posible por la vía única de una “mutua realización personal”.

Lo que parecía faltar; lo que en la segunda mitad del S.XX parecía fallar estrepitosamente era una fecunda relación intercomunicante. Es como si la relación del hombre con el hombre hubiera sido rota por aquella “bestiada” en boca de J.P. Sartre: “El Otro: he ahí el infierno”.

Al Solipsismo consiguiente, sus riesgos y peligros analizados por Karl Jaspers, se ha ido abriendo, esperanzadora, por muchas y muy diversas vías, la vivencia, no solo de la necesidad del otro, de los otros para construir un auténtico proyecto de ser personal, sino también para evitar el “ensimismamiento” empobrecedor y destructivo. El otro comienza a recobrar su valor, en mi estimación, a la par que, para mi, yo recobro el mio. Y en este toma y daca de “réplicas” del sí mismo de cada cual, lo Social y lo Cultural van recobrando un profundo sentido humanístico, por obra y gracia de la versión del “sí-mismo” al “otro”.

El Sentido, como decíamos más arriba, la dimensión metafísica del hombre, solo se halla cuando en el fondo de cada cual, en el “abismático fondo” Zubiriano, yo no solo me encuentro a mí, sino que encuentro al Hombre.

Ahí, y desde ahí, es donde y desde donde cobra sentido humanista toda acción humana. El Otro, mi réplica, es un Valor en si mismo. Por la comprensión se garantiza la supervivencia de una sociedad, el enriquecimiento de una Cultura y hasta la continuidad de una Civilización.

Atisvos hay de que se acerca una nueva época por venir. No hay repeticiones en la historia. Si habláramos de una nueva Edad Media o de un nuevo Renacimiento, no nos olvidaríamos de las condiciones originales de nuestro momento: éxitos y fracasos de ideologías y sistemas; nueva reestructuración geográfica del planeta; miedos desconocidos hasta hoy; alumbrar de nuevas místicas que darán a este siglo XXI un carácter peculiar. Quizás una “Revolución de la Esperanza”, al decir de Erich Fromm.

Entre tanto se ciernen sobre nuestras cabezas, pesimismo biológico como los de Spengler, incertidumbres funcionales como las de Toynbee, y, ¿por qué no decirlo?, peligros sorprendentes como los que justifica Jesús Fúe en su obra: “La vuelta de los Budas”.

El Fin, no por incierto y lejano, deja de ser posible.